CERCANIA DE LA GRACIA *

POR

FERNANDO QUIÑONES

I. EL VELADOR

Calle de Alcalá

SIGAN, sigan, no deben inquietarse.
Esto no es más que el velador de un bar.
Hoy sigue haciendo un tiempo hermoso
y un velador no es más que un velador.
Asienta sus tres patas en las losas. Están
debajo de las losas, del asfalto contiguo,
las piedras con que hicieron el fondo de esta calle
y después, ya más abajo,
la tierra negra en que todo se funda,
la tierra (sigan, sigan),
la ronca tierra recordando
(ciega de pasos, ruedas y fragores)
sus arroyos y el aire, conociendo
su sigilosa duración fatal.
Pero un velador verde
no es más que un velador (como una calle
es sólo un pavimento hecho en la tierra, sí).
No deben inquietarse.
Es sencillo. Llegaron
muchos hombres cuando hicieron todo esto;
colocaron la red del agua, arreada en lo oscuro
como un asnillo claro y servicial
que brotó hacia las manos de las esposas luego,
salpicando la rústica sonrisa de las tazas,
y otros hombres colgaron
el medido furor de los cables eléctricos,
practicaron
las desembocaduras de la lluvia

* Selección del libro de igual título, I Accésit del Premio «Adonais» 1956.

y la hojarasca,
los cimientos, los árboles domados,
las puertas.
Después, mucho más tarde,
alguien ha puesto aquí este velador
y sobre él
hay un vaso,
una cucharilla,
el azúcar vivaz de espejos microscópicos
y un papel donde alguien
escribe unas palabras acaso sin sentido.
No deben inquietarse. Sigan todos. O vengan.
Traigan sus tabaqueras, sus canciones
de moda, sus talonarios, sus
balances comerciales,
traigamos todos nuestros deseos
como un diario cesto de fruta lastimada,
cuanto llegasteis a tener
y cuanto no alcanzasteis nunca
y quédense tranquilos
(hay muchos cuerpos por las avenidas
sofocadas del sábado). Sentémonos.
Porque este velador nos contempla,
nos declara:
el torpe animalillo de metal repintado
parece responder a nuestros gestos, quiere
confiar en salvarnos un poco como sea,
hacerlo
con la pobre palabra de su verde,
decirnos «Vean, la vida es verde como un valle,
¿quién llora?
Toda la vida es verde como yo»
o bien «Siento a la tierra honda
tirar de mis tres cascos y es hermoso sentirlo»,
«¿Adónde vais? ¡Reíd! ¡Duremos verdes!»,
y puede hacerlo, puede
hablarnos
por estar tan en medio de la vida,
tan cerca de la sangre de todos,
contagiado de manos y presente común,
tan delgado en su clara dimensión bondadosa

junto a las lágrimas, los amantes,
la gasolina y las raíces
de la vida,
vegetal y sumido entre nosotros,
en nuestra briega diaria,
como un galgo varado, con su cara infantil.

II. PALABRAS DE AMOR

CADA paso que doy
se dirige hacia ti,
hacia lo más callado
de tu corazón, creo
en la luz, creo en todo
porque te he visto. Cada
paso que doy me lleva
hacia cuanto tú debes
ser; en la sola vida
de tu verdad me miro
igual que en un espejo
inequívoco, siempre
sabré que eres azul
como también que eres
carne perecedera,
pero fuego inmortal también,
metal de tiempo incorruptible.
A cada jardín llevas
ocurrido en ti misma,
cada abril te conoce,
cada dolor te dice
y cada mano mía
eres tú misma porque
Dios lo dispuso y no
sabríamos decir nada.
Cada mañana y letra,
cada viaje, cada
paso que doy, amor,
se dirige hacia ti.

(De *Cercanía de la Gracia.*)

III

SE cómo fué, cómo lo hiciste todo.
Porque primero no estaban más que los huesos,
lo sé.
Los grandes huesos color tierra.
Eran los huesos de todos los españoles,
de los niños,
de los hombres
y de las viejas ateridas
y las muchachas coloradas.
Los huesos nada más.
Después viniste Tú.
Y claro que Miguel vino contigo.
Les pusieron ustedes los libros a los huesos
(los libros temblorosos en la noche)
y también al cura y a los pájaros
y a la sobrina
y a la olla de algo más vaca
y fuiste Tú quien lo pusiste en pie junto a una mesa
vociferando entre sus canas
y Miguel trajo la adarga y avió el rocín,
abriéndole la puerta del corral según amanecía,
y él ajustó la silla,
cabalgó
y se echó a andar hasta la fecha
para que todos sigamos vivos.

IV

ALGUIEN ha visto estos papeles.
Han dicho «Sí...
Es una línea interesante...»
Pero yo creo que debían estar
pensando en otras cosas al decirlo,
pensando en el relámpago que azufra
de pronto el mar y los chalets nocturnos
al rodar de un tranvía

o en las líneas de la lluvia por un jardín de pueblo,
junto a un peral con fechas y palabras perdidas,
o en el combo trayecto de un gorrión en medio
de la luz
del campo en junio,
o quizá vieron
la línea interesante que decían
recordando una flor de albérchigo,
un mudo que se ríe,
o comprendieron
que si la poesía puede ser
un delgado reflejo de cuanto sentimiento
infundiste a lo vivo y a lo inerte,
tan sólo una ceniza caída de tus fuegos
que en su dulce escasez les llega al fondo,
lo mejor es decir sencillamente «Sí...
Es una línea interesante la de estos versos»
puesto que no podemos decir más,
puesto que es sólo nuestro corazón
el que debiera hablar y el que no sabe.

(De *Coplas a lo Divino.*)

V. CANCION DE AGOSTO PARA LUIS ROSALES

LUIS, sé que por las hojas
anda cuanto perdimos.

Hoy es treinta de agosto y junto al filo blando
de los olmos, por las riberas
encendidas del cielo declinante,
por las miradas del amor que cruzan
tantas veces ante nosotros
los amantes y los senderos
del Parque del Oeste
y las aves olvidadizas,
allí
siento el ala ternísima de todo
cuanto perdemos los buenos hombres
para después ganarlo, lo que fuimos y somos,
y estos mismos destellos
tranquilos y temblando en la memoria

son los que llegan luego a hacerse
palabras detenidas en un papel que vive,
combatidos vocablos de Granada,
el mar, madre, siquiera, España, niño,
y estarse allí, viviendo de su gloria,
sin que sepamos nunca qué nos lleva la mano.

(De *Cantos de Compañía.*)

Fernando Quiñones.
Santa Engracia, 107.
MADRID